

CAPITULO DOS

DESARROLLO DEL PENSAMIENTO HISTÓRICO

Enseñar a pensar históricamente Un compromiso del docente de ciencias sociales

Ángela María Velasco Beltrán¹

No he renunciado, sin embargo, a proclamar, en un ámbito modesto, el ámbito pedagógico, que la historia es el único instrumento que puede abrir las puertas a un conocimiento del mundo de una manera si no "científica" por lo menos "razonada"...
(Pierre Villar. Prólogo de Iniciación al vocabulario del análisis histórico, 1979)

Cierro los ojos y al recordar aquellas primeras clases que orienté durante mi adolescencia en escuelas de mi ciudad, recuerdo cuántas cosas maravillosas lograba reunir para que mis estudiantes se sintieran a gusto en la clase de ciencias sociales y más aún al decidir que la labor docente sería mi profesión alimentada por la vocación que siendo niña descubrí, me llena de alegría pues muchas son las personas que se condenan a desempeñar actividades que no aman y que les llenan de amargura la vida y el alma. En mi caso, la docencia, más que una opción fue una decisión de vida que aunque muchos no compartieron, sí aprendieron a respetar.

Adentrarse en la profesión docente no es fácil, pues implica no sólo desarrollar una labor en el ámbito del compartir y construir conocimiento, sino en el plano de formar personas que son entregadas en tus manos para ayudarles a

¹ Profesora Colegio Tom Adams. Correo electrónico: anmavelbe@hotmail.com

modelar su personalidad, su comportamiento y su propia vida: implica darles herramientas para que logren superar cualquier dificultad a la que puedan enfrentarse sin temor, implica ser: amigo, enfermero, consejero, psicólogo, agricultor, conciliador, científico e investigador, entre otras miles de cosas. Más allá de este compromiso personal y social, también se encuentra la responsabilidad que encarnan el saber disciplinar y pedagógico y que involucra a las ciencias sociales como eje central desde el cual mirar la realidad en una perspectiva crítica y propositiva, que ofrezca posibilidades para la comprensión, confrontación y construcción de significados del mundo social. Difícil tarea si reconocemos el hecho de este saber como histórico en estado de creación y recreación continua.

Tal como lo afirman Guillermo Ortiz y Gabriel Restrepo y otros: *"...Mientras seamos seres históricos, el conocimiento, aunque precioso, jamás será absoluto. Menos el social, tan necesitado de controversias razonadas, porque mediante ellas la ciencia avanza hacia unas relativas certidumbres, tanto más tratándose de las propias del saber humano de cada ser- siempre asombroso - y, mucho más en su entramado social siempre en riesgo, complejo y tantas veces laberíntico"*².

Las ciencias sociales desde disciplinas como la historia, en nuestro caso, nos proveen de materiales valiosos para reconstruir el pasado y la memoria de un pueblo como testigo del tiempo y elemento clave en su reconstrucción y actualización, entendiendo –así suene a retahíla– que el ahora no sólo reconstruye el pasado sino que forja el presente y el futuro.

La historia, hoy más viva que nunca, deja de ser ese saber que muchos de nosotros vivió en las aulas como el recuento ordenado y memorístico de hechos, fechas y protagonistas para convertirse en algo más que un juicio de valor otorgado por alguien a un acontecimiento y que nos permite interrogar al escritor, al autor, al actor, al historiador y proponer una interpretación.

La historia tiene por objeto de estudio el pasado cómo se ha presentado, en qué contextos se ha desarrollado y lo que ha configurado estos escenarios. Como afirma Joaquín Pratts: *"la historia nos permite acercarnos al pasado como laboratorio social privilegiado porque conocemos antecedentes, hechos, desenlace y consecuencias (...), lo que está en juego no es sólo cómo queremos enseñar la historia, sino qué tipo de historia buscamos que los estudiantes conozcan"*³. Es claro que a la luz de un estudio histórico no

2 Ortiz, G.; Restrepo, G. (2007). *Fundamentación conceptual del área de ciencias sociales*. Bogotá: ICES.

3 Conversatorio de Joaquín Pratts con docentes de Ciencias Sociales, julio de 2010, durante el desarrollo del XV Congreso Colombiano de Historia realizado por la Asociación Colombiana de Historia y otras instituciones académicas en la ciudad de Bogotá, D.C.

puede pensarse la realidad lejos de su pasado y menos hacer juicios desde los sentimientos, intereses y valores que impregnan hoy nuestra vida, son otros los momentos, otras las circunstancias que vivieron los actores y que les llevaron a actuar de tal o cual manera: sus protagonistas no son buenos ni malos. La historia permite comprender códigos culturales que posibilitan la comprensión del mundo al acceder a instrumentos de lectura e interpretación de la realidad que hacen parte de la construcción de verdaderas ciudadanías activas (Rodríguez, 2004).

La historia nos acerca a otros lenguajes (tradiciones orales por ejemplo) y no sólo a “cuentos” como a veces y despectivamente afirman los estudiantes. Nos permite entender la no existencia de verdades absolutas y que al saberlas inalcanzables, nos impulsan a encontrar y comprender su significado como una pregunta que reinventa los sentidos del pasado como parte fundamental de su propio objeto de estudio.

Así es como dentro de la enseñanza de la historia se manejan tres tensiones:

- La epistemológica: al interior de la propia disciplina y que muestra el lugar desde donde el cual se asumen, se orienta y se produce la enseñanza de la historia como disciplina y como saber construido socialmente.
- La existente entre el saber histórico de los historiadores propios y el saber histórico escolar permeado por la pedagogía.
- El rol del docente que hace de su aula un espacio dotador de sentido y significado a las prácticas colectivas y a la organización escolar que atraviesan el mismo currículo.

El aula se transforma así en un espacio vinculante entre el saber histórico y nuestras prácticas sociales en el presente que ayuda a encontrar ese sinsentido de preguntarse por el pasado, un pasado que a veces desaprovechamos para propiciar la interacción y la construcción social más allá de la mera transmisión de contenidos de la disciplina histórica.

De esta forma rescatamos elementos importantes que moldean y articulan la práctica pedagógica en torno a la enseñanza de la historia propiamente dicha: los códigos del saber histórico y la forma en que éstos, como dispositivo sirven de pretexto para configurar el contexto de interacción social (Ídem: 29), y resignificar las relaciones entre los sujetos desde procesos de investigación y reconstrucción histórica que dan sentido al presente.

Así, el docente tiene la facilidad de generar conocimiento y memoria, entendida esta última como aquella que, siendo producto de la historia, nos

relaciona con otros y legitima los procesos históricos que llegan a nosotros por la elaboración consciente de narrativas. El papel del docente del área de Ciencias Sociales y propiamente de Historia, debe orientarse a la mediación cultural que no solo hace suyos y “domina” la terminología y las bases conceptuales de la disciplina sino que construye desde sus clases el pensamiento y la conciencia histórica.

La enseñanza de la historia es un camino que recorren docente y estudiantes juntos y en el que se pretende consolidar sujetos de derecho en el ejercicio de nuevas ciudadanía en diversos contextos, atravesados por procesos locales y/o globales que los determinan como posibilitadores de actitudes críticas y emancipadoras. El enseñar historia permite brindar elementos en la aprehensión de conocimientos históricos como procesos espacio-temporales que nos constituyen como sujetos históricos: sujetos que preservan herencias y legados generacionales, que se construyen así mismos y al mundo, que configuran espacios y tiempos desde el lugar en el que se enuncian y nombran a otros, sujetos que sin lugar a dudas se convierten en agentes de cambio y transformadores de la sociedad.

De tal forma, los docentes de historia desde el saber disciplinar y pedagógico podemos valernos de innumerables herramientas didácticas (televisión, cine, radio, fotografía, literatura, imágenes, museos, objetos, entre otros), ampliando así el deseo por el conocimiento y el movimiento cultural de una forma divertida y más cercana, lo que implica un contacto directo con otro tipo de fuentes que conquisten la atención de los estudiantes y permitan el acceso y recreación de otras realidades y escenarios lejos de nosotros, temporal y espacialmente -por ejemplo, a través de Internet y desde un ordenador-, generando nuevas narrativas y diálogos en el aula, con una mirada más crítica de una forma muy ágil y flexible que debe, eso sí, privilegiar la lectura analítica y comprensiva de textos y otras fuentes que construyan reflexiones propias frente a procesos particulares. Un trabajo de este tipo contribuiría a que los estudiantes piensen *“en términos de provisionalidad, de interpretación, de interacción entre lo objetivo y lo subjetivo y construcción de conocimiento (...)”* (Vega, 1998: 50), pues la historia es construcción humana, que no puede caer en esta dicotomía.

El método de investigación del historiador puede ser otra estrategia didáctica para el aprendizaje entendiendo que el mundo es una obra humana y que se puede enseñar a pensar la sociedad como una realidad dinámica en constante transformación. En resumen, es clara la necesidad de concebir la historia como instrumento para pensar el futuro y percibir el deber ético del trabajo conjunto para mejorar la realidad y nuestra calidad de vida, ya que ésta es producto de nuestros actos y no resultado del azar.

Tomar como pretexto el momento coyuntural presente en la conmemoración del Bicentenario de la Independencia para transformarlo en una oportunidad de estudiar de manera compleja y crítica el pasado, es fijar una mirada retrospectiva para pensarnos como nación construida desde lo cotidiano y a la luz de la historia que nos proyecta hacia el futuro. Nos lleva a replantearnos desde el mismo concepto de tiempo, inscrito en el presente hasta nuestra práctica para centrarnos en cómo a la luz de los procesos actuales la independencia nos nombra y reconfigura nuestra identidad como sujetos y como nación. Nos lleva a repensar la historia desde la perspectiva de las voces acalladas durante los últimos siglos, personajes invisibilizados y desconocidos, ciudadanos de segunda categoría desde los que se recuperan los procesos de investigación en el aula para construir una memoria histórica que visibilice estas realidades a menudo silenciadas por las historias oficiales, que empodere a los ciudadanos tras una verdadera autonomía y consolide la Colombia pluriétnica y multirracial que somos.

En medio del Bicentenario es importante advertir, como lo enuncia el lingüista e historiador búlgaro Tzvetan Todorov que “(...) *mientras la historia hace el pasado más complicado, la conmemoración lo simplifica porque busca casi siempre darnos héroes para adorar o enemigos para detestar (...)*”. Y como lo explica Georges Lomné, la experiencia de países como el suyo (Francia) –que ya pasaron por una efeméride tan significativa–, muestra que dichas simplificaciones perpetúan silencios y visiones selectivas del pasado al asumir este momento como simple remembranza de hechos que no van más allá de reafirmar valores patrióticos, batallas, héroes o mitos fundacionales dejando de lado los verdaderos procesos de construcción de identidad hispanoamericana -como sujeto histórico- que se funden bajo él.

Es claro entonces que este proceso “(...) *es un buen momento para reconstruir y resignificar los sentidos de la historia, representar nuevos pasados, y no uno monolítico, ni homogéneo, ni lineal, ni ascendente, ni teleológico (...)* ni eurocéntrico (...), *ni regido por el consenso del grupo social dominante, ni enfocado en el centro y en el Estado como principal sujeto, ni periodizado por los hitos oficiales, ni ausente de diferencias, divergencias o conflictos que se ocultan a las estadísticas, no narrado como gesta o como romance ni patrimonio de un grupo, de un género y de una región o de unas pocas localidades. (...)* Por lo contrario, *debemos hacer del bicentenario un acicate para la búsqueda del relato que necesitamos: diverso, democrático, desde varios puntos de vista, desde varias experiencias de grupos, de localidades, con tiempos y ritmos distintos (...)*” (Garrido, 2007: 26), para poder leer desde allí la historia de la cual, querámoslo o no, hacemos parte.

Bibliografía

Garrido, M. (2007). *¿Qué celebrar en el Bicentenario de 1810?, Cuadernos del Bicentenario*, pp. 26-27. Bogotá: Academia Colombiana de Historia.

Ortiz, G., Restrepo, G. (2007). *Fundamentación conceptual del área de ciencias sociales*. Bogotá: ICFES.

Rodríguez, J. G. (2004). *Rutas Pedagógicas de la Historia*. Bogotá: IDEP-Universidad Nacional.

Vega, C. (1998). *Historia: Conocimiento y enseñanza*. Bogotá: Ántropos.

Infografía

<http://www.mineducacion.gov.co/1621/article-228958.html>

<http://www.mineducacion.gov.co/1621/article-167591.html>